

¿Quién es como Dios nuestro Señor, que habita en los cielos, y desde allí pone los ojos de su divino agrado en los pobrecitos que van arrastrando por la tierra? *Quis sicut Dominus Deus noster, qui in altis habitat, et humilia respicit in caelo et in terra?* (1) Levanta Dios con su amorosa mano, levanta de la tierra al pobre, y en sus brazos lleva al mendigo, que está como Job enterrado en el lodo, para colocarle allá en el cielo entre los ángeles y Principados, entre aquellos príncipes que asisten al trono de su gloria: *Ut collocet eum cum principibus, cum principibus populi sui* (2).

Ved ahora la elevacion á que llega el que se declara siervo del Señor como Job, ó esclavo como la Virgen: *ecce ancilla*. Ved qué mérito es para tener nombre grande el decir con el santo Job: *como el Señor lo determinó, así se hizo: bendito él sea* (3); ó como la Virgen: hágase todo segun las disposiciones divinas: *Fiat secundum verbum tuum*. Luego si deseáis un grande nombre, y lo habéis de pretender sirviendo á un dueño grande, elegid solamente á Dios; porque para señor no hay otro que le sea semejante: *Quis sicut Dominus Deus noster?*

Aquí nos tenéis, mi Dios, resueltos á servir solo á vos: aceptád nuestros corazones y afectos; aceptád hasta la repugnancia de nuestra carne, las oposiciones del mundo y la resistencia de las pasiones, porque así será mas grande el sacrificio. Desde ahora para siempre disponéd de nosotros, y cúplase lo que fuese de vuestro agrado. Y si nuestra vanidad nos ha llevado hasta aquí á desear en el mundo un gran nombre, desde hoy solo queremos gloriarnos de ser vuestros siervos. Sed vos, santísima Virgen, la introductora de nuestras ofertas en la presencia del Altísimo, pues habéis sido la guía y conductora de nuestros pasos. Amen.

(1) *Psalm. 112. v. 5. et 6.* (2) *Ibid. v. 8.* (3) *Job, c. 1. v. 21.*

DISCURSO

DE LA

PRESENTACION DE MARÍA SANTÍSIMA.

(ANÓNIMO.)

Quæ est ista, quæ progreditur, quasi aurora consurgens?
¿Quién es esta, que camina como la aurora, cuando amanece?
Cantares, c. 6. v. 9.

Instruidos, como lo estamos, en la Iglesia y por la Iglesia, ¿pudiéramos por estas palabras dejar de reconocer quién es esta, que se lleva todas las atenciones, desde los primeros pasos de su carrera? Aún está al amanecer, y ya anuncia una luz que va á crecer hasta la plenitud del dia mas perfecto. En esta aurora que nace, ¿no se percibe fácilmente, aunque de léjos, aquella misteriosa mujer, que vió despues san Juan vestida del sol y coronada de estrellas? Si preguntamos con la Iglesia y con los ángeles, quién es esta? solo la admiracion produce esta pregunta: la duda, el embarazo, la incertidumbre, ni tienen ni pueden tener parte en ella.

Y qué cosa mas digna de toda nuestra admiracion? Es una tierna niña, es verdad; pero esa niña hace el uso mas perfecto de su razon, comienza por los actos mas heroicos de Religion, y no quiere ser dueña de sí misma, sino para entregarse á Dios, consagrarse enteramente á él y perseverar con fidelidad en su servicio. Es una tierna niña; mas en ella se descubre una prudencia consumada, una sabiduría superior, la fe mas viva, el desapropio mas universal, la caridad mas ardiente, una fortaleza y una firmeza inalterables; y esto en un tiempo y en una edad, en que otras ignoran, no digo la práctica de estas virtu-

des, sino aún el que haya virtud. *¿Quæ est ista, quæ progreditur, quasi aurora consurgens?*

Era preciso, dice san Ambrosio, que diese María ejemplos y lecciones á todas las edades y á todos los estados. Los hombres, de quienes debia ser luego madre, debian hallar un modelo que les enseñase en todas las circunstancias de la vida, así lo que habian de hacer, como lo que habian de evitar. Sigamos pues, amados oyentes míos, sigamos á María, que va á presentarse al Señor en el templo de Jerusalem; contemplemos con un religioso respeto este espectáculo; profundicemos el alma de este misterio. Si el Señor, como dijo el profeta (1), pudo sacar su gloria de la boca de los niños, no tengamos nosotros vergüenza de sacar de ellos á lo ménos nuestra instruccion, y de aprender en la sublime escuela de esta pequeña, pero sabia maestra de todos los predestinados. Su ejemplo, mas eficaz y persuasivo que el sonido y fausto de las palabras humanas, nos muestra excelentemente lo que Dios merece, lo que nosotros le debemos, y cuándo y cómo se lo debemos dar. Es una niña la que se ofrece, una esposa la que se da, una víctima la que se inmola. Una niña la que se ofrece; la ofrenda no podia ser mas á tiempo: una esposa la que se da; la donacion es total: una víctima la que se inmola; el sacrificio es para siempre. Oblacion pronta en su principio, universal en sus efectos, constante en su duracion: ved lo que es el misterio de la presentacion de la santísima Virgen. Vosotros veis en él lo que hace hoy por Dios María; ¿será necesario añadir lo que por este medio nos enseña? Ya inferís, que no podemos ser demasiado pronto de Dios, que no podemos ser demasiado tiempo suyos. ¡ Dichosos, si sabemos usar de nuestras luces, y si nuestro corazon no halla mas dificultad en rendirse á esta verdad, que nuestro entendimiento! Examinemos pues estas reglas de conducta, que nos prescribe hoy nuestra divina madre, y pidamos por su intercesion la docilidad que necesitamos para aprovecharnos de sus saludables lecciones. *Ave María.*

PRIMERA REFLEXION.

Todas las criaturas tienen de Dios el ser: luego que comien-

(1) *Psalm. 8. v. 3.*

zan á existir, comienzan á pertenecerle. Tiene sobre sus obras un derecho y un imperio absoluto, supremo, inajenable. Todo es mio, dice por boca de su profeta; todo depende de mí, porque todo proviene de mí. Dependencia esencial y comun que todas las criaturas tienen de su Autor por razon de su ser; pero doblemente esencial al hombre por razon de su libertad y de su razon. Aunque perteneciese ya necesariamente al Señor, el Señor, haciéndole libre y racional, exigió, y no pudo dejar de exigir, que le perteneciese tambien libremente en el uso y por el uso mas justo y mas glorioso de su libertad y de su razon; esto es, exigió, que el hombre, que aún cuando no hubiera querido, hubiera siempre y á pesar suyo pertenecido al Señor, consintiese á mas con toda su voluntad y por su propia eleccion en ser de Dios; que reconociese su dependencia, que aceptase su dependencia, que amase su dependencia, que tomase por punto de honor y mérito su dependencia.

Sobre este incontestable principio está fundada la estrecha é indispensable obligacion que tenemos todos de ofrecernos y darnos á Dios. Mas ¿cuándo comienza esta obligacion, y en qué tiempo la contraemos? Escuchémonos á nosotros mismos, dice san Agustín. Todas las potencias de nuestra alma, ¿no nos gritan altamente que no podemos reconocer demasiadamente pronto al Autor y conservador de nuestro ser? ¿que no podemos demasiadamente pronto agradecerle sus beneficios, manifestarle por ellos nuestra gratitud, darle pruebas de nuestro amor y consagrarnos á él?

De aquí concluye el Ángel de las escuelas, que la primera obligacion del hombre, luego que sale de la infancia y comienza á abrir los ojos del alma, es volverse á Dios, elevarse á él y hacerle un pronto homenaje de sí mismo: bien así como el primer pecado que comete, cuando su razon se explica y llega á usar de su libertad, es faltar á esta presentacion de su entendimiento y de su corazon á Dios, por entregarse á la criatura, de la cual hace su propio fin. Los Libros santos nos repiten sin cesar cuán celoso es el Señor de estas primicias de nuestra vida. Cien ordenanzas hechas á los judíos en el antiguo Testamento, nos figuran esta necesidad de darnos priesa en ir á él y ofrecerle cuanto somos. La justicia, el reconocimiento, nuestro propio interes nos empeñan á ello. Pero dejando aparte todas estas razones, contentémonos con proponer sencillamente el

misterio de este día : tal vez el ejemplo de la santísima Virgen tendrá mas fuerza que todos los razonamientos humanos. En efecto ¿quién es esa que hoy se ofrece al Señor en el templo de Jerusalem? Es una niña de tres años, dotada desde su concepcion de una razon tanto mas pura y perfecta, cuanto no dependia absolutamente de la estructura y disposicion de los órganos. Ilustrada con una luz sobrenatural que le manifestó con la mayor claridad lo que era y de quién recibia el ser; prevenida de una gracia extraordinaria y sin ejemplo que la preservó del pecado, conságrase desde el primer instante de su vida á su Bienhechor, y se dedica únicamente á su servicio. Su presentacion, hablando con rigor, no es el día de su primera oblacion; es solamente el día en que comienza á darnos lecciones claras y prácticas, porque en este día ratifica solemnemente la oblacion que ántes habia contraído; y por el aparato de la ceremonia exterior y pública, pone, digámoslo así, un sello irrevocable á la donacion que ya tiene hecha de sí misma. Apénas se desata su lengua, cuando pide con gran fervor ser llevada al templo de Jerusalem. Tres años há que está en el mundo, y tres años há que suspira por el feliz y dichoso día que se verá colocada en la casa de su Dios. La gracia, dice san Ambrosio, no conoce dilaciones : el espíritu que la guia, es enemigo de cuantas razones humanas se lo hubieran podido traer para detenerla, si hubiese podido dar oídos á razones humanas. Ni la debilidad de su edad, ni la delicadeza de su cuerpo, ni el amor de sus padres, ni su amor hácia ellos la detienen. El retiro en que se empeña, la novedad de la vida que va á abrazar, léjos de espantarla, aumentan su impaciencia : todo lo que suspende su sacrificio, retarda su felicidad y aflige su alma. Tengo, exclama continuamente, delante de los ojos un Rey que me arrebató el corazón y me encanta con su belleza. Oigo una voz interior que me dice : « escucha, hija mia, si quieres de tu parte enamorar á este Rey que te parece tan amable, abandónalo todo para seguirle, olvida tu pueblo y la casa de tu padre. » *Audi, filia, et vide; obliviscere populum tuum et domum patris tui, et concupiscet rex decorem tuum* (1). Seréis obedecido, Señor, y María conseguirá el bien que desea. Vedla ya en Jerusalem; ya se acerca en ceremonia hácia el monte santo, seguida de una mul-

(1) *Psalm. 44. v. 11.*

titud de vírgenes que honran su séquito : ve sin alterarse á todos los asistentes llorar de ternura; recibe con serenidad las tristes despedidas, los últimos abrazos de sus parientes, huye de entre sus manos, entra en el templo, y presenta en su persona al gran sacerdote la mas noble, la mas pura, la mas preciosa víctima que se vió hasta entónces en los sagrados tabernáculos. Aquí me tenéis, dice, postrándose y anonadándose delante del Arca del Altísimo; veisme aquí en fin, ó mi Dios, en el lugar de mi eterno descanso. Os habéis dignado llamarme; obedezco á vuestra voz lo mas presto que me es posible : *Ecce ego, vocasti enim me* (1). Soy vuestra desde el primer momento de mi vida, y vengo á protestaros auténticamente en la presencia de vuestros altares, que seré siempre vuestra : *Ecce ego*. Ignoro cuáles pueden ser vuestros designios sobre mí; mas sean los que fueren, hablád, Señor, que vuestra sierva oye, y pronta está á ejecutar con vuestra gracia cuanto le ordenareis : *Ecce ego*. Admiro que hayáis puesto los ojos en una criatura tan vil, para elegirla y llamarla de una manera tan honrosa : mi reconocimiento es proporcionado á los sentimientos que experimento de mi indignidad; mas tal cual soy, supuesto que me queréis, me pongo totalmente en vuestras manos, confusa de no tener que daros sino á mí misma, y mas confusa aún de que me pidáis y aceptéis esta obligacion de mí misma.

No pasemos adelante, amados oyentes míos, no toca á los profanos penetrar en el santuario. ¿Podria humana lengua explicar lo que en esta ocasion pasó en el interior de María, ni lo que su Dios obró en él? Ah! no pongamos los ojos sino en lo que podemos alcanzar : en la fidelidad de una alma que obedece sin dudar, sin disputar, sin replicar; de una alma que se siente llamada, y sigue al instante la voz que la llama... mas por qué la llaman? ¿cuáles son los motivos de una vocacion tan extraordinaria? La voluntad del Señor ¿se ha suficientemente manifestado? tiene miras particulares sobre María? ¿No hay ligereza y precipitacion en este modo de obrar? Discurríd, hombres prudentes y entendidos, discurríd como los judíos : ese es vuestro talento, esa sola vuestra ocupacion. El oficio y obligacion de María será únicamente obedecer. Mas ¿por qué, dirá quizás alguno, por qué separarse de una familia donde reina la

(1) *I. Reg. c. 3. v. 5.*

piedad, por qué abandonar padres que son santos? ¿Podía hallar en otra parte mejor educacion ni escuela mas digna? Ah cristianos oyentes! ¿habéis por ventura olvidado que se trataba de levantar y edificar el templo místico del Espíritu santo, el tabernáculo vivo del Altísimo, en el que manos humanas no merecian, ni eran capaces de trabajar? ¿qué era menester emplear en su formacion el brazo mismo del Omnipotente, único que podía disponerlo y formarlo para las grandes cosas á que su providencia lo había destinado? Por eso llama á María á la soledad y al retiro, para allí hablarle al corazon y descubrirle sus eternos é inefables designios. Mas en una edad tan tierna, con un cuerpo tan débil y tan delicado, ¿en qué se ocupará en el templo? de qué utilidad será para el servicio de los altares? que podrá allí hacer para Dios? Prontamente veréis lo que podrá hacer. Mas aún cuando fuese incapaz de hacer cosa alguna, aunque hubiese de ser absolutamente inútil en la casa del Señor, ella se juzgará dichosa de vivir en ella, y en ella morará perfectamente contenta, porque estará donde el Señor la ha querido, y habrá estado allí al punto que ha podido estar: *Ecce ego, vocasti enim me.*

¡Ejemplo admirable, amados oyentes, leccion sublime al par que fecunda que ha producido en el mundo hechos portentosos, que de siglo en siglo vienen reproduciéndose sin cesar, acontecimientos que los hombres no han podido ménos de contemplar con asombro y con una especie de religiosa veneracion. ¿Quién sino el ejemplo de María ha conducido tantos millares de vírgenes á la casa del Señor? ¿Quién sino este ejemplo hizo desiertas las ciudades, pobló las soledades, llenó los claustros y monasterios? ¿Quién sino este ejemplo es el que despues de cerca de dos mil años, siempre igualmente vivo y eficaz, produce aún cada día milagros, hace nuevas conquistas en el Egipto, arranca los hijos del pecho de las madres, les hace desechar, menospreciar, olvidar las esperanzas y las caricias del mundo, por seguir á Dios y dedicarse á su servicio? Este ejemplo pues es el que os propongo, jóvenes almas, porque este misterio es especialmente para vosotras. ¿Y á quién mas naturalmente pudiera dirigir mis palabras en un día, en que se celebra la oblacion de una vírgen niña? Ah! si María os hace oír su voz, sed dóciles, y no endurezcáis vuestros corazones: entrád un momento dentro de vosotras mismas. ¿Qué es lo que

ha pasado en vuestro interior desde que comenzasteis á conocer? ¿El Señor ha estado siempre mudo con vosotras? ¿No habéis experimentado hasta ahora aquel gusto y atractivo á la casa de Dios, que son de ordinario la primera manifestacion de su adorable voluntad? En vuestras mas fervorosas oraciones, cuando os habéis acercado á la santa mesa, en donde se os ha dado todo Jesucristo, ¿nunca os ha instado á que os deis de vuestra parte totalmente á él? ¿No os ha manifestado zelos, no os ha reprendido, no os ha inquietado con agudos remordimientos, cuando habéis querido tomaros alguna libertad, y poner en competencia con él en vuestro corazon algun otro objeto? Ese disgusto, esa inquietud secreta que os sigue en medio de los concursos, esa aversion que sentís á los entretenimientos del siglo, ese horror natural del pecado, que está grabado en el interior de vuestra alma, esa inclinacion al retiro, esa facilidad para lo bueno, ese carácter de genio dócil, esa educacion tan piadosa, ¿qué sé yo?... mil circunstancias particulares de vuestra vida, de vuestra condicion, de vuestra salud, de los negocios de vuestra familia, pues Dios sabe servirse de todo; tantas reflexiones repentinas é involuntarias sobre una muerte imprevista y precipitada, sobre la vergüenza y publicidad de una falta escandalosa, sobre la inconstancia é ingratitud del mundo, sobre la infidelidad y traicion de las criaturas, sobre la vanidad de las vanidades y deleites, sobre la brevedad de nuestros dias, sobre los contratiempos y males de esta vida, sobre el rigor y los efectos de los juicios de Dios, sobre las penas terribles con que el pecado es eternamente castigado; las flaquezas que comenzáis á experimentar, los riesgos á que os habéis expuesto, las caidas que tal vez habéis ya dado; todo eso ¿nada os dice? á nada os llama? nada significa? Meditadlo bien, oyentes míos, úterin que yo avanzo en el asunto propuesto, haciendo ver lo perfecto de la oblacion de María en consagrarse enteramente y para siempre al Señor. Hé aquí el asunto de la

SEGUNDA REFLEXION.

El niño, ni sea tuyo, ni mío, sino divídase, decia una de aquellas dos mujeres, que comparecieron en el famoso juicio de Salomon: tal era el lenguaje de la que decia falsamente ser

la verdadera madre: *nec mihi, nec tibi, sed dividatur* (1). No de otro modo se expresan todos los dias el mundo y el demonio, enemigos irreconciliables de Dios. Disputánle la posesion plena y entera del hombre, obra de sus manos; por poco que de él consigan, siempre están muy contentos con tener lo que no les es debido, porque están asegurados de conseguir prontamente mas. Mas puede Dios entrar en este ajuste? Amándonos como nos ama, ¿veríanos con tranquilidad entregados en parte á sus enemigos y á los nuestros? No, nuestro verdadero, nuestro único Padre nos quiere totalmente enteros, ó no quiere cosa alguna de nosotros. ¿Sería por otra parte lo que es, conviene á saber, el Señor y el dueño, si pudiera ceder de sus derechos y consentir en esta division? Cuando por un imposible consintiera en ella, ¿podríamos nosotros mismos consentir? Todos saben que Dios es grande sin medida; que su dominio es enteramente absoluto y del todo universal; y los títulos por los cuales le pertenecemos, son demasiado esenciales para que nos deje la libertad de disponer de nosotros en perjuicio suyo. El hombre mismo (comprendéd bien, cristianos oyentes, comprendéd bien toda vuestra dignidad y toda vuestra excelencia), el hombre es demasidamente grande para depender jamas de otro, que de aquel solo de quien ha recibido el ser: es superior á todo cuanto hay criado; no es deudor de algo á nadie; y si no tiene á Dios por dueño, ni lo puede ni lo debe tener. De aquí nace esta autoridad suprema en Dios para disponer del hombre, exigir y hacer de él cuanto es de su agrado. De aquí esta dependencia general en el hombre, que le obliga á mirar á Dios en todo, á buscar en todo á Dios, á preferir Dios á todo, á emprenderlo todo por Dios, á sufrirlo todo por Dios, á sacrificarlo todo por Dios. Dependencia, sin hablar ahora de su utilidad, infinitamente gloriosa al hombre, pues le hace conocer continuamente toda la grandeza de su ser; le impide envilecerse, abatirse á las criaturas; y le propone sin cesar un objeto y un fin digno de él. De aquí procede que el primero y el mayor de todos los preceptos de la ley natural, de la ley escrita, de la ley de gracia, es el de amar á Dios con todo nuestro corazon, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente, con todas nuestras fuerzas. ¿Lo habéis jamas comprendido bien,

(1) III. Reg. c. 3. v. 26.

amados hermanos míos? ¿os queda alguna cosa de que podáis libremente disponer? Esto es pues lo que quiero decir, cuando propongo, que debéis ser enteramente de Dios, á ejemplo de la santísima Virgen.

Porque volviendo á nuestro ejemplar, ¿qué hizo en su presentación, y cuál fué su vida en el templo? Ó celestial niña! disimulad aquí lo torpe de mi lengua. Deja el mundo, las compañías del mundo, los placeres del mundo, por abrazar el silencio, el retiro, la penitencia. Renuncia las esperanzas del siglo y todos los bienes de la tierra, no reconociendo ya otras riquezas, ni queriendo ya otra posesion que la de su Dios. Abandona padres que la acarician como á hija única, y á quienes ama tiernamente; y por mas justo y arreglado que sea su amor, acepta la separacion de ellos, y consiente en estar privada de ellos para siempre. Sacrifica su libertad; cede todo el derecho que tiene de disponer de sí misma, acepta con alegría estas cadenas, que la unen inseparablemente al mayor de todos los señores; se despoja de su voluntad, y la pone en manos de aquel, de quien la ha recibido, para vivir en adelante en una dependencia continua, sin otra determinacion por su parte que la de obedecer y seguir en todo las impresiones de la gracia. Consagra su casto cuerpo, levanta el estandarte de la virginidad, se empeña en fin en no tener jamas otro esposo que su Dios. ¿En dónde ha aprendido María, pregunta san Bernardo, que se pudiesen en su edad hacer semejantes sacrificios? *Tu, non dicam præceptum, sed necdum consilium, necdum exemplum habebas, nisi quod unctio docebat te de omnibus.* Oh qué maravilloso maestro es Dios! Mas qué docilidad y generosidad tiene su discípula! *Nihil sibi de se retinens, totam se Deo devovit.* ¿Qué diré, continúa san Ambrosio, de la conducta que observa en el templo; de aquella atencion extrema, y digámoslo así, escrupulosa, con que excusa y mide todas sus palabras; de aquellas celestiales conversaciones en que derrama afuera el fuego de su corazon y abrasa á las personas que la escuchan; de aquella modestia admirable del mas bello rostro que se vió jamas, que mueve, que encanta al mundo, y que al mismo tiempo inspira veneracion y respeto; de aquella continua aplicacion al trabajo de manos, que observa como la primera penitencia impuesta á los hijos de Adan; de aquella ardiente y compasiva caridad, que entra en todos los intereses y cuidados de sus compañeras,

que le da consuelo y alivio, que se conforma con sus genios, que suple sus faltas, que previene sus necesidades, y ocurre á sus deseos; de aquella dulzura inalterable con que disimula sus flaquezas, excusa sus puerilidades, sufre sus porfias, tolera sus zelos y murmuraciones, y olvida sus malos tratamientos; de aquella aplicacion á la leccion de los Libros sagrados, con que alimenta su corazon y fortifica su espíritu; de aquellas rigurosas abstinencias con que aflige su carne, aunque inocente; de aquellas largas vigiliass, dadas á una contemplacion que la transporta á los piés del trono de Dios entre los ángeles, miéntras su cuerpo está anonadado delante del tabernáculo; de aquel sueño místico, en que miéntras la naturaleza toma algunas horas de descanso, el corazon siempre activo vela con su Amado, habla á su Amado, escucha á su Amado, suspira por su Amado? *Nihil sibi de se retinens, totam se Deo derovit* (1). Esto es lo que hierre los ojos, y lo que se dejó ver en el exterior de la santísima Virgen. ¿Mas qué seria, si pudiéramos penetrar mas adelante, descubrir la belleza y la gloria del interior, y lo que pasaba en lo mas íntimo de su alma? ¿Ángeles tutelares del templo, que tantas veces la habéis admirado, cuando levantaba sus manos puras é inocentes hácia el cielo y derramaba su corazon en la presencia de Dios vivo! si no es este uno de aquellos misterios inefables de que no se permite hablar, decidnos las disposiciones sublimes en que vivió; explicádnos aquella pureza de intencion que no miró jamas sino á Dios, y que nunca buscó sino á solo Dios; aquella indiferencia absoluta con que se puso en manos de su Criador, para nada querer, nada desear, nada pedir para sí misma: generalmente determinada á todo cuanto quisiera, á todo cuanto deseara, á todo cuanto pidiera, sin restriccion, sin limitacion, sin miramiento, sin término, sin medida: aquella preparacion de su corazon para hacer lo mas heroico, para sufrir lo mas doloroso, para ofrecer lo mas estimable, para sacrificarse á sí misma, para sacrificar, si fuera necesario, todo el universo á la voluntad de su Dios. Aquel zelo de su gloria y de la salvacion de los hombres que la devoró continuamente, que produjo tantos ruegos y suspiros fervorosos para apresurar la redencion del género humano y la

(1) *Ambros. de Virg. lib. II.* Es digno de leerse sobre este asunto el libro quinto de la bella obra del abate Orsini, titulada: *Historia completa de la Madre de Dios y de su culto.*

venida del Mesías. Explicádnos en fin aquel amor, ah! aquel amor... Callemos, amados hermanos míos, no manchemos ni ofendamos este asunto tocándolo. ¿Y qué pudiéramos decir de este amor, amor bastante fuerte para abrir los cielos, para herir el corazon del Hijo del mismo Dios, para despojarle de toda su grandeza, para reducirle á las entrañas de María, y hacer de él un hombre mortal como nosotros? Callemos, digo, y contentémonos con admirarle en silencio, ó digámoslo todo en una palabra: ¿queréis una regla infalible para juzgar cuán enteramente se entregó María á Dios? Ved si Dios con toda su bondad y poder pudo comunicarse, darse y unirse mas perfecta é íntimamente á su criatura. La medida de lo uno es la justa medida de lo otro.

Entremos, católicos oyentes, por un momento dentro de nosotros mismos, y demos lugar á una reflexion profunda. ¿Cuál ha sido hasta el presente nuestra conducta en este punto? ¿Hemos imitado la oblacion total que María hizo de sí misma á su Dios? Si no puedes, alma mia, dar á Dios todo lo que le dió la santísima Virgen, puedes como ella darte enteramente á él, y esto es lo que se te pide. Te debes toda á él como á tu Dios, porque lo merece infinitamente; toda á él como á tu primer principio, porque te ha dado el ser; toda á él como á tu conservador, porque te reproduce y te conserva sin cesar; toda á él como á tu libertador, porque te sacó de la esclavitud del demonio á quien estabas vendida; toda á él como á tu señor y á tu dueño, porque te ha comprado á precio de toda su sangre; toda á él como á tu padre, porque te ama tiernamente, y ha sacrificado por ti lo mas estimable y precioso que tenia; toda á él como á tu legislador, porque te lo manda expresamente; toda á él como á tu remunerador, porque él solo es quien puede dignamente recompensar tus servicios; toda á él como á tu fin ultimo, porque de él es de quien esperas tu felicidad eterna, y porque es él mismo tu única felicidad. Te debes toda á él por justicia, porque ni tú ni nadie en el mundo tiene derecho alguno legítimo y razonable sobre ti; toda á él por reconocimiento, porque te ha prevenido con mil beneficios particulares; toda á él por razon, porque no tienes cosa que no sea suya, que no venga de su mano, y que no deba por consiguiente volver á él; toda á él por interes, porque tu mismo reposo y tu tranquilidad presente dependen únicamente de él; toda á él

por palabra de honor y fidelidad á tus promesas, porque lo has ofrecido así cien veces; toda á él en fin, por una justa, pero santa arrogancia, porque solo él es digno de tenerte y poseerte.

Ved aquí, amados oyentes, lo que nos enseña María en el presente misterio de su presentacion en el templo. Pero es de advertir, que no basta darse al Señor prontamente y sin reserva, sino que á imitacion de esta Virgen sacratísima hácese preciso que nuestra oblacion sea constante y perpetua. Lo que María hizo al tercer año de su edad, lo hizo siempre mientras vivió. Jamas experimentó el mas leve disgusto ni cansancio; nunca remision ni tibieza; nunca alteracion, mudanza ni interrupcion. Qué digo? adelantó sin cesar en los caminos de la perfeccion: desde el primer momento de su vida supo hacer progresos inmensos y distinguirse mucho mas por su sublime virtud que por la misma dignidad de madre de Dios. No es aún hoy sino una aurora que aparece en el horizonte del mundo; pero su luz se aumentará sin cesar, sin eclipse, sin manchas, sin nubes; su mediodía será despues eterno. Plantada como el olivo misterioso de que habla el profeta, en la casa del Señor, regada con las mas puras y fecundas aguas, crecerá de día en día, dice san Juan Damasceno, echará profundas raíces, extenderá sus ramas hasta las nubes, cubrirá la tierra con su sombra y dará sucesivamente una prodigiosa abundancia de flores y de frutos. Pasados once años en el templo, saldrá de él por órden del cielo; mas llevará á todas partes y en todas hallará al Señor del templo, sin perder jamas un ápice de su espíritu de retiro, de su aplicacion á la oracion y de su union con Dios. Por órden del cielo mudará de estado; mas no mudará de disposiciones sino para hacerlas de cada vez mas excelentes. Se desposará con un hombre mortal; mas la gloria y el triunfo de su virginidad se hará por este medio mas asombroso. Dará la vida al Altísimo; mas la eminente dignidad de Madre de Dios no hará su humildad sino mas profunda, y consiguientemente mas admirable. Vivirá en medio del mundo, y estará en él mas oculta y mas desconocida que en el mismo interior del santuario; solo morará en su seno, para sufrir sus contradicciones, sus humillaciones, sus rigores y crueldades.

Tales fueron en efecto los frutos opimos de la oblacion que de sí misma hizo María al Señor en la aurora de sus días. Se

ofreció á él prontamente; se ofreció totalmente y sin reserva; se ofreció en fin perpetuamente y para siempre.

¡Oh, cuántos motivos de confusion hallaríamos en nuestra conducta, amados oyentes, si la comparásemos con la de esa excelsa niña! En mil momentos dichosos hemos protestado al Señor que queríamos ser todos suyos; y estos momentos han pasado como el relámpago, y nos hallamos aún el dia de hoy llenos de nosotros mismos, pegados á la tierra, entregados á bagatelas y esclavos de los mas frívolos entretenimientos. Cien veces hemos comenzado á caminar por el camino del deber, y otras tantas nos hemos detenido. Hémonos levantado de nuestras caídas con las mas bellas resoluciones, y hemos vuelto á caer con la mayor facilidad, á veces por malicia, y siempre por indolencia, por cobardía y presuncion. ¿De qué pues nos servirá, dice el Padre san Gregorio, el haber corrido con velocidad en el principio, si nos disgustamos en el camino y nos detenemos ántes de llegar al término? *Frustra velociter currit, qui prius quam ad metas perveniat, deficit.* No mas pues, Dios y Señor nuestro, vuestros somos desde este instante; á vos nos entregamos totalmente, y á vos queremos pertenecer para siempre.

Ó niña excelsa! asegurdnos como vos en el bien, y hacéndonos crecer continuamente en el conocimiento y amor de nuestro Salvador. Crecéd vos misma, misteriosa aurora, y adelantád el nacimiento del Sol de justicia; crecéd en gracia y sabiduría delante de Dios y de los hombres; crecéd en edad para dar prontamente un libertador al mundo; crecéd para nuestro propio acrecentamiento; crecéd para ser la columna de la Iglesia, el consuelo de los justos, el asilo de los pecadores, la esperanza y el ejemplo de todos los hombres. Presentádnos hoy, Virgen santísima, presentádnos con vos al Señor, y hacéd que despues de haber sido en todo suyos durante el resto de nuestra vida, sea él todo nuestro en el tiempo y en la eternidad de la gloria.